

MONTEMAYOR, JORGE DE (1520 – 1561)

*EPÍSTOLAS*

INDICE:

*Epístola I*

Salud, Marfida mía, te embiara

*Epístola II*

¡Quán cierto es, mi señora, desculpase

*Epístola III*

¡Ay, Vandalina mía, quién pudiesse

*EPÍSTOLA I*

Salud, Marfida mía, te embiara,  
si yo estando en ausencia la tuviera,  
o tu alma en la mía la buscara.

Si alguna poca tengo, ¿quién pudiera  
mudar su qualidad, porque a la tuya  
conforme qualquier cosa la sintiera?

Mas no ay cosa en mi alma que sea suya,  
ni puede en modo alguno ya mudarse,  
aunque mi vida triste se concluya.

Pues no pudo bastar el transformarse  
en ti, quedando yo desamparado  
para poder contigo conformarse.

¿Cómo podrá quien vive en tal estado  
hazer lo que no puede la fortuna,  
ni amor, ni fe, ni pena, ni cuidado?

Aora mi firmeza te importuna,  
no quiere importunarte mi desseo,  
que tu valor, Marfida, lo repugna.

Remedia con creer qual yo me veo

a un triste corazón que más no pide,  
pues no hazello assí, es caso feo.

Con tu gran discreción conosce y mide  
si aora tu opinión lugar te diere  
y la desdicha mía no la impide,

¿De adó nasce el dolor que a mí me hiere?;  
¿y quién por esta causa es el herido?;  
¿y qué será de mí si no lo fuere?

Que quando todo esto ayas sentido,  
verás que quiero todo quanto puedo  
y si ay más que querer, no lo he sabido.

Si a dicha algún querer te pone miedo,  
¿por qué lo á de pagar una alma triste  
que sin amor no puede estar un Credo?

El Credo falta en ti, pues no creíste  
aviendo ya en mi fe puesto la mano,  
y toda mi pasión aquí consiste.

Entiende, mi Marfida, que es en vano  
pensar que no te amo, pues entiendes  
en ser por ti perdido quanto gano.

Si creer no me quieres, ¿qué pretendes?  
¿Qué fin sigues, me di, que yo no entiendo  
cómo en sólo mirarme no te offendes?

No puedo dezir más, y si te offlendo  
en aver dicho tanto, ya me callo,  
que no querría otro bien, ni lo pretendo,  
sino saber servirte, y acertallo.

## *EPÍSTOLA II*

¡Quán cierto es, mi señora, disculparse  
de su atrevimiento el que pretende  
a semejante hecho aventurarse!

¡Quán cierto es parescelle que aún offende  
con solo el pensamiento, y desafina

el acendrado fuego en que s'enciende!

¡Quán cierta es la sospecha y cuán vezina  
si querrá ver su letra, o no leella,  
si le será cruel, o si benigna!

¡Quán cierto es ver la cosa y no creella!  
¡Quán cierto es el pensar que por burlalle  
su carta recibió, y no por ella!

¿Quién hay que en tal extremo no se halle,  
sino que de inocente, o confiado  
cortasse los successos a su talle?

Si yo, señora, osé, no me ha faltado  
sentir lo que aquí digo, y aun temello,  
mas mi proprio temor me hizo osado.

Que mal puede venir exceda aquello  
que passó en no dezir la pena mía  
después que sobre mí pusiste el sello.

Dichoso á sido el año, el mes y el día,  
la hora y el momento que en mirarte  
silencio puso Amor en mi alegría.

Dichosos son mis ojos en ser parte  
por donde a mi concepto entrar pudiste,  
dichosa la memoria en conservarte.

Dichoso el corazón a do veniste,  
dexando ageno dél al cuerpo mío,  
dichosa la prisión do me pusiste.

Podrásme preguntar en qué me fío,  
o qué he sentido en mí para escrevirte,  
sin dar a mi opinión algún desvío.

Que no me fío en mi poder dezirte,  
sino en el puro amor con que me offrezco  
a no querer más bien sino servirte.

Dirás que a qué propósito padezco  
por ti, pues yo por mí tan poco á sido,  
que aun sólo imaginallo merezco.

Pregúntalo al Amor que me ha herido,  
pregúntalo a mis ojos que miraron,  
que yo no supe más que ser perdido.

En ti mis sentimientos se elevaron  
sin más sentir de mí qué cosa fuese,  
después que en tu primor se transformaron.

Mas, ¡o, esperanza mía, quién pudiesse,  
en tu imaginación asegurarse  
sin que otra cosa tuya le impidiesse!

¡Y quién de tu cordura aprovecharse  
pudiesse, para el passo en que se halla,  
el qual es por demás poder passarse!

¡Y quién tu corazón en su batalla  
tuviesse por amparo, y no el que tengo,  
que toda su pasión consiente y calla!

Y quando yo tan mal con él me avengo,  
mis ojos pongo en ti, diziendo luego  
«en tus manos estoy, y a ellas vengo».

Paresce que me queda algún sossiego  
en verme en tu poder; mas d'áy a un poco  
comiénçase a encender más crudo fuego.

A tu sola beldad, señora, invoco  
en esta confusión, mas ¿qué aprovecha,  
que otra mayor pasión me buelve loco?

Y este segundo mal es la sospecha  
y celos, mas en fin los voy passando,  
haziendo con mirarte la deshecha.

Y si con esta fuerça estoy mirando  
tu rostro, aunque sin verte en mí le veo,  
de ver que alças los ojos, voy temblando.

Acude luego allí tan gran desseo  
de dar buelta otra vez por do te é visto,  
que aunque lo vea cumplido, no lo creo.

Si ya no puedo verte, estoy malquisto  
comigo por tardar, si a dicha tardo,

y assí no es solo un mal el que resisto.

Que pues el crudo Amor, blandiendo el dardo,  
me da mortal herida y quedo vivo,  
de ningún otro mal ya me reguardo.

Effectos son de amor los que te escribo;  
rescíbelos, señora, y ten paciencia  
por dalla en algún tiempo a tu captivo.

Que si aora te escribo, es con licencia  
de la perfecta ydea que contemplo;  
y si merezco muerte, da sentencia  
que a mí me sea castigo, y a otro exemplo.

### *EPÍSTOLA III*

¡Ay, Vandalina mía, quién pudiesse  
mostrarte su concepto en tal manera,  
que pluma ni otra cosa interviniesse!

¡Y quién imaginando ver pudiera  
una esperanza sola y tan exempta  
que el proprio imaginar no la impidiera!

Mas quéxome de amor, aunque sustenta  
en mí nuevos effectos, pues no quiere  
que un bien pequeño y solo esté a mi cuenta.

¿Qué puedo ver en ti quando te viere  
que en mi memoria quepa, si en la tuya  
la deste siervo tuyo assí se muere?

¿Por qué quieres, señora, que destruya  
un solo olvido tuyo a un alma triste,  
que no tiene en sí cosa que sea suya?

A ti sus tres potencias adqueriste,  
memoria, entendimiento a ti obedesce,  
también su voluntad en ti consiste.

Mi propria ánima es la que padesce  
por sólo dezir esto, y no la pluma,  
que do ay más que dezir, allí enmudesce.

Mas ya no es tiempo, no, que tal presuma,  
ni piense darte cuenta, aunque más pene,  
pues tan cierto el alcance está en la summa.

No hay medio en mi pasión, ni me conviene  
sino que en triste llanto se me passe  
mi tiempo, tras el qual ninguno viene.

Pensé yo con llorar que descansasse,  
mas era más el mal que lo llorado,  
por mucho que después lo acostumbrasse.

En una sola cosa me ha estremado  
mi mal, y es en tenelle, no sintiendo  
si tengo vida aún, o me ha faltado.

Podrá dezirme alguno que muriendo  
descansan de su mal los amadores,  
mas no quien todo el ser ganó queriendo.

Si el que padesce aora mal de amores  
espera con morir quedar exempto,  
de muy baxo metal son sus dolores.

Si está dentro en mi alma el pensamiento,  
la qual morir no puede, aunque yo muera,  
¿cómo podrá morirse mi tormento?

¡O, Vandalina mía, quién pudiera  
en tu memoria ver lo que has oído,  
aunque la mía al punto se perdiera!

O si por lo que quiero y he querido  
te acordasses de mí para olvidarme,  
que ya para acordarte no lo pido.

Mira que de amor muero, y que matarme  
con otro nuevo mal será escusado,  
pues basta este dolor para acabarme.

De mi muerte estoy ya desengañado,  
pero ¿qué mayor bien si es de tu mano,  
pues no mata la muerte mi cuidado?

Por tuyo está contino Lusitano,

pues basta un solo punto imaginarte,  
para tener su mal por soberano.

Y no tengas en mucho no olvidarte,  
que no quiso el amor ni dio licencia  
que en mi memoria yo tuviese parte.

Aunque aora me mate mal d'ausencia  
estoy a contemplarte tan subjecto,  
que yo te veo por fe en mi presencia.

Estás tan viva siempre en mi concepto,  
que allí lo perficionas, y allí siento  
que no ay do tú no estás lugar perfecto.

En ti quiero que esté mi pensamiento,  
que en otro algún desseo yo no toco,  
mas tomo el contemplarte por descuento.

Y si me dize alguno que esto es poco,  
para tan grande fe, al punto digo  
que a más querer de ti yo fuera loco.

En fin, señora mía, yo me obligo  
en no querer de ti más de quererte  
a ser, aunque no quiera, mi enemigo.

Que muy claro verá quien puede verte  
quán poco ay de aquel ver al dessearte,  
mas yo en te contemplar estoy más fuerte.

Con él me venço a mí por no agraviarte,  
y assí cornigo mismo estoy lidiando,  
y del todo de amor tomo esta parte.

Mi alma estará siempre de tu vando,  
de lágrimas mis ojos quedan llenos,  
y el corazón captivo sospirando.  
No sé dezirte más, ni amarte menos.

FIN